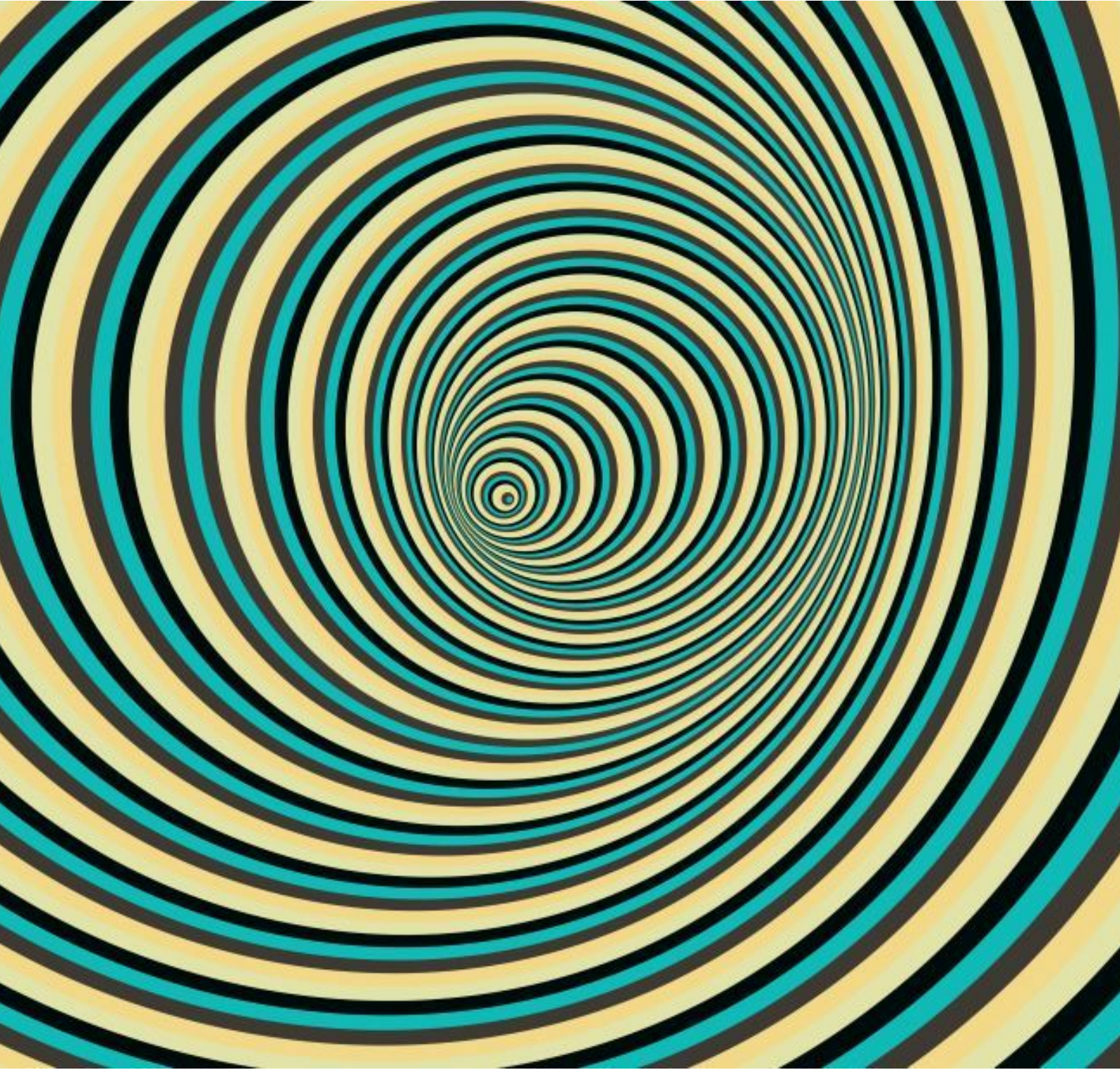


Mareo (En construcción)

Gus Ellefson



Capítulo 1

Mareo

Sales despacio del huevo y dejas las cascaras partidas sobre el barro seco de aquella fosa común que, si bien es desconocida por los extraños, hospeda a un muerto sin documentos. Subes lentamente hacia el rostro y te deslizas por encima de un grano, esperando que la pus no te salpique las patas que se mueven con el viento de aquella soleada tarde de abril de 2100. Tus metámeros se ven intactos, pero no te puedes enrollar como el cordón de un zapato. Piensas en otra lombriz, igual de joven a ti, que quizás intento enrollase como un cordel de lana y no pudo porque se le salieron los mocos al retorcerse de los nervios. Intentas olvidar, pero estas excitada porque piensas que al tener doce horas de vida puedes cambiar el mundo con el solo hecho de hablar como un adulto. Eres testaruda al creer que estando encima del rostro del cadáver puedes hacer lo que se te venga en gana. A decir verdad, nunca piensas, actúas como si estuvieras en una obra de teatro sin mucho público que te aplaude tu desconcertante función. Miras con displicencia la boca fragmentada de aquel cadáver; la saliva pegada en una de sus verrugas y chupas la sangre, creyendo que aquello tiene vitaminas. Ahora crees que el olor a mortecino, te incita a pensar como una araña erudita. Eres tonta e ilusa al ver un cadáver asesinado en una guerra biológica financiada por un país extranjero. Eres curiosa, terca y no sabes si quedarte ahí, postrada, esperando que a ese infeliz lo quemen dentro de un horno crematorio. Dudas y luego, caes en la cuenta de que tu vida tendría más valor y sentido si vivieras en las profundidades de la tierra o en un potrero rodeado de charcos y escombros, tirados al azar o dispersos sobre la superficie asimétrica de un campo abandonado, donde no hay pinos de eucalipto, ni tampoco niños huérfanos atrapando ranas con bolsas plásticas.

Los disparos de una pistola te mantienen alerta e ingresas al interior de una de las orejas del muerto. En ese instante, presientes que uno de los anillos de tu cuerpo se parte en pedazos y tu cavidad torácica se achiquita como un punto. La espesa grasa te detiene en seco y crees que aquella mantequilla verdosa se parece a una crema de espinacas. No la degustas, te da risa al escuchar tus propios movimientos, aplastando a una pequeña glándula que emerge de una llaga. Sigues tu olfato, pero te da pánico como si un tumor maligno te hubiese obstaculizado el camino. El tiempo sigue moviéndose en el mismo espacio en que te encuentras y lames un ligamento hasta sentir el estómago lleno. Eructas gases, convencida que produce un eco espantoso dentro del cerebro de ese muerto. Ves huesos del cráneo rotos y dispersos, pero tus nervios no están firmes porque piensas que pronto terminarías de recorrer aquel mundo, no muy distante al universo de los humanos. Piensas en retroceder, dar varios pasos rápidos como los de un caballo o marcharte por entre largas fibras

protoplasmas de una cabeza agujereada con una bala disparada con una metralleta MP40, de buen calibre usada en la segunda guerra mundial por los Nazis. Nada cambia. Las armas viejas son igual de letales como las nuevas. La diferencia, es poca. A ti ni te interesa lo que sucede afuera; en esa porción de tierra atiborrada de enfermedades, de miseria y pobreza.

Te fijas inconscientemente en los ventrículos laterales, donde ves a una lombriz parecida a un vampiro con las cejas subidas, los labios chicos, que mira como un cerdo recién parido por una marrana endémica. Te parece interesante y le haces un guiño a ese malévolo ser, con tus ojos deformes, al igual que una tonta sonrisa como si hubieras visto una película infantil animada. Esperas que te coquettee. Él no te determina. Prefieres jugar a las escondidas en un espacio atiborrado de sustancias podridas. Miras aquí, miras allá, te escondes, te sonrojas un poco, tragas saliva, sonríes de oreja a oreja, y haces una cantidad de muecas para mostrarle a ese gusano tus destrezas y habilidades aprendidas en tan solo doce horas de vida. Da la impresión de que no tienes otros ojos para ver otra inmundicia. El gusano te observa porque no tiene nada que hacer o a lo mejor se fija en tu inocencia. Él se acerca, te ve de a los ojos, sonríe, luego, se hace el inocente o simula mostrarse una lombriz decente a sabiendas que se comporta como un indio salvaje. Te olfatea el trasero, te toca las patas con fuerza, te gusta aquella caricia que, a fin de cuentas, es burda y violenta como la guerra que esta frente al occiso. Te escupe saliva, te agrada porque piensas que es un beso entre amigos. Quieres conocer otros espacios junto a él, lo imaginas como si fuese un príncipe, lo sueñas. Él gusano adivina tus pensamientos y cree que tú eres la indicada, la lombriz encantadora de un cuento de hadas. El té propone caminar sin hacer nada. Tu aceptas con duda, sonríes, gesticulas el rostro, estas feliz porque finalmente encontraste tu media naranja.